

Sumario

El autor, como lo dice en el subtítulo del artículo, nos presenta unas pautas para el estudio del texto bíblico que forma parte del tema de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,16), haciendo énfasis en la categoría teológica de Jesús como Maestro. En esta forma, Jesús Maestro, Palabra y Eucaristía, es el Camino hacia la comunión con Dios, con los hermanos y con la Comunidad; Jesús Maestro es la Verdad divina personificada que nos introduce en el misterio de la Revelación del proyecto salvífico del Padre en el Espíritu; y Jesús Maestro es la Vida plena que se nos entrega por medio de su sacrificio redentor. Así, el discipulado es una escuela para aprender, a los pies del Maestro, su enseñanza y su doctrina; y es, a la vez, camino de seguimiento, en el cual el Señor comparte su vida plena y abundante en un ambiente de intimidad comunal y de compromiso misionero.

Jesús es maestro, camino, verdad y vida

**Pautas para un estudio del lema
de la V Conferencia General
del Episcopado Latinoamericano**

P. Danilo A. Medina L. ssp

Licenciado en Ciencias Bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Docente de Nuevo Testamento en la Pontificia Universidad Javeriana y el Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano de UNIMINUTO. Miembro del equipo de apoyo del CEBIPAL-CELAM y Rector del Teologado Paulino en Bogotá.

El tema del Maestro, aplicado a Jesucristo, es uno de los más ricos y densos desde el punto de vista teológico, pero al mismo tiempo, uno de los que mejores aportes e inspiraciones ofrece a la actividad pastoral de la Iglesia y al crecimiento espiritual del cristiano. En efecto, la figura de Jesús como Maestro ocupa un lugar protagónico en todo el Nuevo Testamento, tratándose de un carácter que marca tanto su persona, como su obra y su predicación.

1. Jesús y los “maestros” de su tiempo

Los *rabís* o maestros de Israel eran personas muy influyentes en el judaísmo del tiempo de Jesús; por lo general pertenecían al partido de los fariseos y eran muy versados en el conocimiento de la Ley de Moisés. Por su erudición respecto de las Escrituras, por su estilo de vida austero y por su piedad, eran personas muy respetadas y estimadas, pero, tal vez por eso mismo, muchas veces resultaban engreídos y prepotentes, al considerarse sucesores de los profetas. Al dejarse dar el título de “Rabí”, Jesús acepta, de hecho, presentarse como Maestro; pero, respecto de los maestros del pueblo judío de su época, su enseñanza y su autoridad son radicalmente nuevas y especiales.

Mientras los maestros de Israel habían basado sus enseñanzas únicamente en la Ley, y luego habían agregado una interminable serie de costumbres y leyes humanas sacadas de la tradición oral, a las cuales les conceden tanta importancia como a la misma Ley, Jesús, en cambio, enseña una revelación nueva, que apunta a lo esencial y que en lugar de sofocar la Ley mosaica, da plenitud al espíritu de dicha ley, liberándola de la esclavitud de la letra y de las demás normas humanas agregadas con el paso del tiempo por los maestros judíos¹.

¹ Los preceptos que debían observar los judíos habían llegado a ser 613, de los cuales 365 formulados en negativo y 248 en positivo.

Jesús como Maestro, contrariamente a la costumbre de su tiempo, en lugar de ser elegido por sus seguidores, es él mismo quien se reserva el derecho de escoger a sus discípulos (cf. Mc 3,13-14; Jn 15,16). Y en su predicación, las muchedumbres reconocen que enseña con autoridad, y no como los escribas (cf. Mt 7,28-29; Mc 1,22); porque la autoridad de Jesús era la que Dios mismo le confería, y no la que otorgaban tradiciones antiguas, en las cuales amparaban sus enseñanzas los escribas y demás maestros judíos de su época. Además de las parábolas, que eran el modo característico de presentar su enseñanza (cf. Mt 4,23; 13; Lc 4,42-44; 8,1; Mc 4), Jesús confirma su predicación con signos concretos, que los sinópticos llaman milagros, mientras san Juan denominará "signos": curaciones, liberaciones de espíritus inmundos, resucitaciones, etc., que no podían hacer los otros maestros judíos (cf. Mt 12,28; Mc 1,34; Lc 4,34-37; 11,20).

Más que un erudito conocedor de las leyes y tradiciones del pueblo judío, como los *rabís* de su época, Jesús se presenta como el anunciador y realizador del Reino de Dios; por eso es el maestro que invita a la conversión y a acoger ya en el presente ese Reino, mediante un denodado trabajo en la instauración de ambientes de justicia y fraternidad (cf. Lc 17,20-21; Mc 1,15; Mt 4,17). Sus discípulos, más que alumnos son seguidores, porque antes que aprender una doctrina nueva, siguen a una Persona y aquello que ésta representa: la causa del Reino de Dios (cf. Lc 9,57-62; 14,25-33); por eso mismo, para comprender su propuesta y su doctrina, más que de inteligencia, se requiere de la revelación de Dios y de humildad personal (cf. Mt 11, 25-30).

2. Jesús, nuevo Moisés

Mateo es el evangelista que más explícitamente presenta a Jesús como Maestro; sin embargo, teniendo presente que los destinatarios de su evangelio eran mayoritariamente cristianos provenientes del judaísmo, fuertemente ligados a la tradición hebrea, hay que recordar que el evangelista se propone ofrecer de Jesús la imagen de un Nuevo Moisés, nuevo legislador y revelador de la voluntad divina. A la luz de este concepto se podrá comprender mejor lo que significa que Jesús sea también Maestro. En efecto, así como Moisés, antes que caudillo liberador, fue legislador, intérprete y comunicador de la Ley de Dios

al pueblo, así Mateo nos quiere proponer el perfil de Jesús como el nuevo y definitivo legislador de la Nueva Alianza.

Parangonando los grandes discursos de despedida de Moisés en las llanuras de Moab en la víspera de su muerte, contenidos en el libro del Deuteronomio a manera de testamento espiritual, Mateo ofrece en su evangelio (especialmente los capítulos 5-7, llamados “el sermón de la Montaña”), los grandes discursos de Jesús, con los cuales enseña la nueva Ley y se hace intérprete y comunicador de la Revelación de Dios a la humanidad. Jesucristo vino no para abolir la Ley de Moisés, sino para darle plenitud y llevarla a la perfección (cf. Mt 5,17s).

Jesús no se contenta con recordar y repetir la legislación tradicional de Israel, como hacían los *rabís* judíos; sino que inaugura una Nueva Ley cifrada en el amor y la misericordia, por eso tiene la osadía (escandalosa y hasta blasfema, a los oídos de los escribas y maestros de la ley judía) de afirmar: “*Habéis oído que se dijo a los antiguos... pero ahora yo os digo...*” (cf. Mt 5,21s. 27s. 31s. 33s. 38s. 43s). La nueva Ley que enseña el Maestro Jesús, ya no consiste en el frío, exterior y riguroso cumplimiento de grandes cantidades de normas y preceptos, sino en la interioridad de una vida guiada por la luz de la conciencia. Según lo anunciaron los profetas que hablaron de la nueva alianza (cf. Ez 36,22-32; 37,14; Jr 31,31-34), la nueva Ley no necesita ser escrita en tablas de piedra, pues Dios la graba en el corazón de los creyentes. Es la interioridad lo que distingue la Nueva Ley de Jesús.

3. Jesús es el Maestro

El evangelio de Juan es una fuente inspiradora privilegiada de donde se puede recabar doctrina acerca del título de Maestro, atribuido a Jesús (cf. Jn 3,2; 13,13-14). No es, sin embargo, la única fuente. Los sinópticos contienen más de cincuenta presencias de este modo particular de dirigirse a Jesús por parte de los discípulos y de la gente que lo seguía e interrogaba², mientras que en san Juan son solamente

² Cf. Mt 8,19; 9,11; 12,38; 17,24; 19,16; 22,16.24.36; 23,8-10; 26,18.25.49; Mc 4,38; 5,35; 9,5.17.38; 10,17.20.35.51; 11,21; 12,14.19.32; 13,1; 14,14.45; Lc 3,12; 5,5; 7,40; 8,24.45.49; 9,33.38.49; 10,25; 11,45; 12,13; 17,13; 18,18; 19,39; 20,21.28.39; 21,7; 22,11.

siete, aunque muy significativas (cf. Jn 1,38; 3,2; 8,4; 11,28; 13,13.14; 20,16). De todos modos, en el conjunto de los evangelios y de todo el Nuevo Testamento, aparecen bien delineados los rasgos típicos del Maestro, aplicados a Jesús.

En el texto lucano de los Discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) es posible encontrar, más que el título, la realidad de lo que significa que Jesús es el Maestro. Todo el relato se desarrolla como una catequesis pascual en la cual el Señor Jesús aparece como el Pedagogo por excelencia: se acerca con el máximo respeto a compartir el camino con los discípulos (cf. v. 15); con sabiduría y delicadeza comienza a introducirse en el diálogo y va haciendo aquellas preguntas que les permitirá a los peregrinos discípulos desahogar toda su desilusión, su tristeza y su rabia (cf. vv. 17.19). Una vez que ha escuchado pacientemente los motivos de su malestar y que ellos han recobrado la serenidad (cf. vv. 19-24), el Maestro sacude sus conciencias y corrige sus equivocaciones con un cordial reproche (cf. v. 25), y después, mientras van haciendo camino, les explica el verdadero sentido de los acontecimientos y les devuelve la paz y la esperanza, encendiendo con sus palabras los corazones agobiados de los discípulos (cf. v. 26.32).

Jesús respeta la libre voluntad de los discípulos, no los obliga a acogerlo en su casa; finge seguir adelante, esperando que la actitud de acogida y hospitalidad nazca en ellos espontáneamente y no por imposición (cf. v. 28). El Maestro no espera que le rueguen e insistan; acepta con gusto la invitación y entra a la casa para sentarse a la mesa con ellos (cf. v. 30). Y es precisamente en el ambiente de la comunión fraterna creada por la cena compartida, donde acontece el momento culminante del proceso humano-espiritual comenzado al inicio del camino. Es allí donde, finalmente, los discípulos pueden dar el paso fundamental de la fe, que transforma radicalmente sus existencias y los prepara todavía para un nuevo camino: aquel del regreso a Jerusalén para llevar el anuncio y compartir su experiencia de encuentro con el Maestro Resucitado (cf. vv. 33-35).

El verdadero maestro sabe cuándo es importante y necesaria su presencia, pero sabe también cuándo debe desaparecer del escenario (cf. v. 31). De hecho, cuando los discípulos alcanzan la madurez, el Maestro se da cuenta de haber concluido su trabajo y se retira serenamente

para dejarlos que continúen el camino. Sin embargo, su presencia junto a ellos no desaparece del todo, más bien se transforma para adecuarse a la nueva situación. Jesús, que los había preparado a lo largo del camino y que se había manifestado a ellos plenamente durante la cena eucarística, ahora ve cumplido su objetivo fundamental y por eso los deja, porque sabe que todavía tienen mucho por hacer: ellos deben ir a dar testimonio de aquello que han vivido; deben convertirse en transmisores de cuanto les ha enseñado el Maestro y de cuanto ellos mismos han experimentado por el camino, hasta que sus ojos fueron abiertos para el reconocimiento y para el encuentro pleno con el Resucitado (cf. v. 31).

4. Jesús maestro en cuanto “camino, verdad y vida”

Jesús Maestro es el Camino

La consideración de este aspecto cristológico nos podría llevar a largas reflexiones sobre el sentido de la misión mediadora de Jesús. La literatura del Nuevo Testamento es rica de referencias a este respecto. Sería suficiente con tomar, por ejemplo, la Carta a los Hebreos, con sus profundas enseñanzas sobre Cristo, sumo y eterno sacerdote, único mediador de la Nueva Alianza (cf. Hb 9,11-15). La entera obra redentora de Jesucristo está en estrecha relación con este tema, ya que ella ha significado la más grande comunicación de bienes eternos de parte de Dios a los hombres; a través de Jesús y de su muerte y resurrección, Él nos ha abierto el pasaje hacia la plenitud de la vida en la gloria de Dios.

En el contexto de san Lucas, el tema del camino tiene un rol y una importancia especiales. Si tomamos la entera obra lucana, o sea el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, -de la cual, entre otras cosas, el capítulo 24 del evangelio representa el centro, como puente entre los dos libros-, nos encontraremos ante un esquema geográfico muy interesante: después de la larga introducción sobre la infancia de Jesús, la solemne inauguración de su ministerio público, la llamada de los apóstoles y sus primeros signos y enseñanzas, Lucas nos presenta a Jesús iniciando decididamente su viaje hacia Jerusalén (cf. Lc 9,51); de ahí en adelante todo el resto del evangelio presentará el desarrollo de este camino hacia la Ciudad Santa, porque “*ningún profeta puede morir*

fuera de Jerusalén” (Lc 13,33). Por su parte, el libro de los Hechos de los Apóstoles describe la difusión del Evangelio del Resucitado, que se va abriendo camino por la acción del Espíritu Santo, “*comenzando desde Jerusalén, toda Judea y Samaría, hasta los confines de la tierra*”, según el programa intencional del autor del libro (Hch 1,8).

Para Lucas, entonces, el camino es un motivo no sólo geográfico sino también teológico, sobre el cual estructura toda su obra escrita en dos tomos. Es verdad que no encontraremos en sus páginas ninguna afirmación explícita en la cual Jesús se presente a sí mismo como el Camino (en este punto Juan es particularmente claro, cf. 14,6; recordemos también el discurso sobre el Buen Pastor y la Puerta del aprisco, cf. 10,1-21), sin embargo, hay un detalle que no podemos dejar escapar: en los Hechos de los Apóstoles, Cristo y la comunidad de sus seguidores son también llamados “El Camino”, cuando se habla de Pablo que perseguía el Camino (cf. Hch 9,2), que luego Jesús identifica con él mismo (cf. 9,2; 22,4). Además, la nueva doctrina propuesta por los cristianos en nombre de Jesús es llamada “el camino”, o también “el camino del Señor” (cf. Hch 18,25; 19,9).

En el relato de los Discípulos de Emaús son muchos los detalles que remiten al concepto del camino. Ante todo, no se puede olvidar que la entera historia sucede en el contexto del camino: primero, el viaje (casi diríamos la “huída”) de Jerusalén hacia Emaús, y, después del reconocimiento, el camino de regreso nuevamente a Jerusalén. Lucas tiene el cuidado de enfatizar la importancia del camino en este episodio: en los vv. 25 y 32 resume lo sucedido, recordando que la preparación de aquello que acontece en la cena había tenido lugar durante el camino. Pero también desde los primeros versículos había usado algunos verbos que implican el sentido de caminar: “*iban en camino hacia una aldea*” (v. 13); “*se acercó y caminaba con ellos*” (v. 15); “*¿Qué discursos son estos que discutís entre vosotros mientras vais caminando?*” (v. 17), “*Se acercaron a la aldea adonde se dirigían, y Él fingió ir más lejos*” (v. 28); “*regresaron a Jerusalén*” (v. 33).

Además, es claro que los discípulos, al mismo tiempo que hacían el camino físico, realizaban también un camino interior, que muy bien podemos llamar camino de conversión a Cristo, con Cristo y por Cristo. Efectivamente, fue Jesús quien acompañó en este proceso a los

discípulos, primero como forastero desconocido, luego como Aquel que enardecía sus corazones con su Palabra reveladora y, después, con su total manifestación y “presencia invisible”. Gracias a esto, los discípulos pudieron hacer el propio camino de fe: de la tristeza a la alegría, del desánimo a la confianza, de la desilusión a la esperanza; de los ojos impedidos y los corazones tardos y necios, a los ojos abiertos para reconocer a Jesús y sus mentes abiertas al sentido de las Escrituras. Podemos, pues, decir que para los discípulos de Emaús, Jesús en persona (Palabra y Eucaristía) fue el camino auténtico hacia la fe pascual y hacia el compromiso misionero, hacia la alegría plena y hacia la comunión con Dios, con ellos mismos y con la Comunidad; es decir, Jesús fue para ellos el Camino de la salvación.

Jesús Maestro es la Verdad

La reflexión sobre la verdad divina personificada en Jesucristo nos introduce en el campo de la Revelación. En efecto, Él es el único Revelador del Padre, Él es la Palabra eterna de Dios encarnada en nuestra historia, Él fue el anunciador por excelencia del designio salvífico a favor de toda la humanidad. Jesús se manifestó al mundo como el Predicador de los misterios del Reino de Dios. Sólo Él nos puede hacer conocer los más grandes y maravillosos secretos y hablarnos de las cosas de Dios, porque Él es el Profeta por antonomasia, el Mensajero de la voluntad divina (cf. Hch 3,22).

En la mentalidad bíblica, además, la Verdad, más que ser una realidad circunscrita al ámbito intelectual o académico, se trata de una actitud que involucra a toda la persona: la verdad es, ante todo, *fidelidad en el amor*. En este sentido, Jesús no sólo revela a los hombres los misterios de Dios y de la salvación, sino que, sobre todo, Él mismo es la fidelidad de Dios en beneficio de los hombres. Por eso, san Juan en sus visiones proféticas escucha que Jesús se presenta a las comunidades cristianas llamándose a sí mismo “*el Testigo fiel*” (Ap 1,5); “*el Santo, el Veraz*” (Ap 3,7); “*el Amén, el testigo fiel y veraz*” (Ap 3,7). En Jesús se manifiesta plenamente la fidelidad de Dios a su Alianza de amor con la humanidad. Resulta, entonces, fácil de entender por qué san Juan afirma que “*la Verdad nos hará libres*” (Jn 8,32), porque donde está el auténtico amor no puede existir esclavitud, en Cristo hemos sido liberados.

En el relato de los Discípulos de Emaús tampoco está ausente esta dimensión de la personalidad de Cristo. Los mismos discípulos, incluso antes de reconocer al Resucitado en la persona del peregrino con el cual habían compartido el camino, dan testimonio de la opinión común entre la gente según la cual Jesús era *un Profeta poderoso en obra y en palabra ante Dios y ante todo el pueblo* (cf. v. 19). Muchos, sin embargo, no quisieron escucharlo como el Profeta, como el Nuevo Moisés (cf Hch 3,22), porque su mensaje no coincidía con sus expectativas acerca de un Mesías que fuera liberador político y militar, líder de la rebelión contra el imperio que oprimía a Israel (cf. v. 21). El pueblo, en lugar de interpretar la muerte en cruz de Jesús como el más grande signo de fidelidad de Dios, la consideró como la más grande derrota. El sacrificio pascual de Cristo manifestaba la verdad de Dios, y de las palabras del mismo Jesús que lo había pre-anunciado; pero el pueblo, e incluso sus discípulos, creyeron que fuera el final de toda esperanza. Sus corazones endurecidos y sus mentes testarudas no habían querido dar crédito a las profecías de la Antigua Alianza acerca de la Nueva.

El Maestro Verdad intenta hacer entender a los discípulos cuál es el sentido profundo de los acontecimientos pascales, en el contexto del plan salvífico de Dios: *“¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés y todos los profetas, les explicó lo referente a Él en todas las Escrituras”* (vv. 26-27). La Palabra eterna de Dios se revela y se explica a sí misma, para que el hombre pueda comprenderla y vivirla plenamente. Jesús manifiesta a los discípulos los tesoros de la Revelación y de este modo los hace capaces de llegar al acto de fe. La Palabra de Jesús, que no sólo contiene la verdad, sino que es la Verdad, transforma interiormente a los discípulos: *“¿Acaso no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino, cuando nos explicaba las Escrituras?”* (v. 32).

De todas maneras, en nuestro relato, la verdad de Jesús como Revelador del Padre no sólo se demuestra en la catequesis bíblica que Él ofrece a los afortunados discípulos, y con la cual *abre*³ para ellos

³ En el versículo 32, el texto original griego usa el verbo *abrir* con el sentido de explicar, interpretar.

las Escrituras y sus mentes a la inteligencia de dichas Escrituras (cf. Lc 24,45), sino que también se manifiesta en el encuentro personal durante la cena eucarística. El Vencedor de la muerte que se deja encontrar y reconocer como el Viviente (cf. Lc 24,5.23) es la prueba veraz y suprema del amor de Dios y de su fidelidad a la persona humana. Aquel que toma el pan, da gracias, lo parte y lo distribuye a los discípulos de Emaús (cf. v. 30), es el mismo que había cumplido estos gestos elocuentes poco antes de sellar con su propia sangre el ofrecimiento de su vida por la salvación del mundo (cf. Jn 13,1; Lc 22,19-20).

Jesús Maestro es la Vida

De nuevo debemos reconocer el primado de san Juan por cuanto se refiere a la consideración de Jesucristo como Vida. Es él, de hecho, quien más insistió y enseñó a comprender toda la misión de Jesús en función de la vida: ya desde el prólogo de su evangelio, donde aparece el Verbo de la vida (cf. Jn 1,4), pasando por los grandes discursos en los cuales Jesús se presenta como el unigénito de Dios enviado al mundo para que quien cree en Él no perezca sino que tenga la vida eterna (cf. Jn 3,16), el pan de la vida (cf. Jn 6,26-59), venido para que los hombres tenga la vida y la tengan en abundancia (cf. Jn 10,10), es el Buen Pastor que da la vida por las ovejas (cf. Jn 10,14), es la resurrección y la vida (cf. Jn 11,25), y así hasta el prolongado relato de la pasión y de la resurrección, o sea, el triunfo definitivo de la vida sobre la muerte. Juan termina su evangelio revelando cuál fue la motivación que tuvo para escribirlo: *“para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y, creyendo, tengáis la vida en su nombre”* (20,31).

Aunque no con términos tan explícitos como aquellos de san Juan, los otros autores del Nuevo Testamento ofrecen abundantes indicaciones sobre la obra sacerdotal y salvífica de Jesús, que compendia, en definitiva, el tema de la Vida en Jesús. Fue precisamente Él el dispensador de la vida divina a los hombres por medio de su sacrificio redentor, y ofreciéndose a sí mismo adquirió para sus hermanos la posibilidad de tener acceso a la plenitud de la vida en el Reino de Dios. Esta enseñanza recorre con insistencia tanto en los evangelios como en los Hechos de los Apóstoles y en las cartas, hasta la última página del Apocalipsis (cf. Ap 22,1-5).

En particular, en nuestro episodio de Emaús, el tema de la vida se hace presente en diversos modos. Ante todo, no podemos olvidar que la historia acontece en aquel mismo primer día de la semana (cf. 24,1.13), es decir, el día de la resurrección, cuando comienza a difundirse la noticia de que Jesús está vivo (cf. vv. 7.23). Cleofás y su compañero de viaje han escuchado aquellas noticias, pero no han querido darles crédito; por eso tienen necesidad de una experiencia personal y concreta de encuentro con el Viviente, para darse cuenta de la veracidad de aquel anuncio. También después del reconocimiento, cuando corren a transmitir el propio testimonio, antes de hablar escuchan la confirmación por parte de la Comunidad: *“Verdaderamente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”* (v. 34).

El aspecto eucarístico de la narración es, en todo caso, el que expresa mejor la relación tan estrecha que existe entre Jesús y la Vida. La Eucaristía es la presencia misma del Resucitado que ofrece la vida divina a aquellos que la acogen. En la fracción del pan acontece el reconocimiento pleno de los discípulos (preparado por la explicación de las Escrituras a lo largo del camino), y es, en este ambiente eucarístico, donde se realiza la más íntima comunión con Cristo. La Palabra y el Pan eucarístico sostienen la existencia del creyente y le dan la energía y el entusiasmo necesarios para llegar a ser testigos de la Resurrección en el mundo.

5. Jesús es Maestro de servicio

Un texto bíblico particularmente elocuente por cuanto se refiere al concepto de Maestro aplicado a Jesús, es el que encontramos en san Juan, al inicio de los solemnes discursos de despedida (caps. 13-17), en el contexto de la última cena. Antes de cenar, Jesús lava los pies a sus discípulos, al terminar este gesto simbólico, regresa a la mesa y les dice: *“¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis ‘el Maestro’ y ‘el Señor’, y decís bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también lavaos los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros”* (Jn 13,12-15), y a renglón seguido, el Maestro continúa instruyendo a los discípulos acerca del servicio.

Esta es, precisamente, una clave fundamental para entender el sentido que tiene la categoría de “maestro” en la concepción cristiana que el mismo Jesús desea hacer comprender a sus seguidores: el verdadero maestro es que el preside en el amor, en la humildad y en el servicio; es el que está dispuesto a dar la vida por los amigos. No es tanto el que ordena y manda qué hay que hacer o no hacer, sino el que enseña a amar desde el propio testimonio de vida. Quien quiera ser maestro al estilo de Cristo, no puede tener otro parámetro de acción que el misterio pascual. Por eso es tan estrecha la conexión entre el maestro y el pastor, en la enseñanza de Jesús: el buen pastor da la vida por sus ovejas (Jn 10), el buen maestro se abaja para servir y lavar los pies de sus discípulos⁴.

Jesús Maestro se distingue de los que hacían las veces de guías espirituales de su pueblo, justamente por estos rasgos nuevos y típicos de su enseñanza y de su ejemplo de servicio, humildad y donación de la vida. Mientras los escribas, fariseos y doctores de la Ley “*se sientan en la cátedra de Moisés*” para “*imponer cargas pesadas sobre la gente, que ellos ni con un dedo quieren mover*” y todo lo hacen por ostentación y dándose ínfulas de grandeza y superioridad, pretendiendo que la gente los llame “maestros” (Mt 23,1-7); el modelo de Maestro que vivió y enseñó Jesús fue radicalmente contrario a aquél: “*No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos... El mayor entre vosotros será vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado*” (Mt 23,8-12). Y casi todo el resto del capítulo 23 contiene fuertes expresiones en polémica contra aquellos maestros judíos y su hipocresía insoportable.

En lugar de imponer cargas pesadas y esclavizantes sobre la gente, como lo hacían aquéllos con sus ritos exteriores y prescripciones legalistas, Jesús Maestro propone y enseña un Buena Nueva de libertad, un evangelio de humildad y amor oblativo, diametralmente opuesto a la soberbia y prepotencia de quienes se abrogaban derechos de maestros

⁴ En la tradición judía, el lavatorio de los pies era un importante símbolo de hospitalidad, no obligatorio pero sí reservado a los esclavos. Este gesto, en Jesús, adquiere además características especiales, como anuncio simbólico de su muerte, con probables connotaciones bautismales, sin perder su sentido inicial de humildad, servicio y amor, como lo entendió la primera comunidad cristiana (cf. 1 Tim 5,10).

y jefes del pueblo; por eso dirá el Señor: “*Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y ballaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera*” (Mt 11,28-30).

6. Discípulos y apóstoles del Maestro

El concepto de Maestro, referido a Jesús, nos lleva naturalmente a la idea del discípulo, aplicada a sus seguidores. Por lo tanto, nuestra mejor conclusión, a partir de la breve aproximación que hemos hecho a la figura de Jesús Maestro, es afianzar nuestra identidad de cristianos desde el criterio del discipulado.

El discípulo se sienta a los pies del Maestro para aprender su enseñanza y su doctrina⁵ (cf. Hch 22,3); comparte toda su vida y asimila como criterio de comportamiento aquello que ve reflejado en el modo de actuar de su maestro. El discipulado implica un itinerario y un proceso que empeña no sólo el entendimiento, sino también el sentimiento, la voluntad y todas las facultades de la persona. Es una experiencia de intimidad y compenetración con el Maestro, hasta el punto de configurarse con él (cf. Gal 4,19). De hecho, el discípulo de Cristo ya no debe aprender de la Ley de Moisés, como los discípulos de los maestros judíos, sino de Cristo mismo que se ha convertido en el modelo: “*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*” (Mt 11,29).

El evangelio de Marcos nos ofrece una breve pero muy significativa cita (3,13-14), donde se menciona la elección de los apóstoles por parte de Jesús. En aquel texto encontramos una preciosa síntesis de lo que significa ser cristiano, en términos de *discipulado-apostolado*. En efecto, cuando el evangelista afirma que Jesús subió a la montaña⁶,

⁵ El gesto de estar sentado a los pies del Maestro no es sólo una descripción corporal, sino que indica, ante todo, una actitud interna de atención a quien enseña, y de convicción acerca de la importancia que reviste dicha enseñanza para su vida.

⁶ Lucas agrega que “pasó la noche en oración” (Lc 6,12), precisamente porque el hecho de subir al monte implicaba en la mentalidad bíblica la idea del contacto con Dios, de la oración.

y luego llamó a los que él quiso⁷, expresa el propósito del Señor con la institución de los Doce: para que estuvieran con él (*discipulado*) y para enviarlos a predicar (*apostolado*). Esto significa que la conclusión verdadera del itinerario discipular respecto de Jesús conduce al apostolado; es decir, a la misión. Se es discípulo del Señor, no por pura satisfacción personal, sino para llegar a ser apóstoles⁸. Más que un privilegio, se trata, pues, de una grande responsabilidad.

Cuando el Maestro llama, lo hace para encargar una tarea de servicio a toda la humanidad. No basta “estar con Jesús”; o sea hacerse discípulo suyo y asimilar su evangelio; es necesario sentirse “enviado a predicar” ese mismo mensaje que se ha aprendido. Y viceversa, el verdadero apóstol no es tanto el que repite una doctrina aprendida de memoria, como ejercicio académico; el verdadero apóstol, tiene ante todo que ser discípulo dócil y fiel del Maestro Jesucristo, pues aquello que está llamado a comunicar es su propia experiencia de encuentro e intimidad con Cristo, debe anunciar y dar al mundo a Cristo mismo⁹.

⁷ Como ya quedó indicado, este es otro de los aspectos que representa la novedad de Jesús como maestro, respecto de los maestros judíos de su tiempo y de los otros maestros; mientras que éstos eran escogidos por los alumnos o discípulos, en el caso de Jesús es él mismo quien elige a sus seguidores.

⁸ Es interesante constatar la estrecha relación entre *discipulado-apostolado-misión* en la mentalidad cristiana, al punto que aquello que Jesús pide a sus discípulos cuando los envía en misión por el mundo, es precisamente que vayan y “*bagan discípulos a todos los pueblos*”, que “*prediquen el evangelio a toda criatura*”; por lo tanto es como una cadena en espiral que está llamada a perpetuarse: el discípulo de Jesús Maestro, llega a ser apóstol, es decir enviado, para convertir en discípulos del Señor a otros, que continuarán la misma tarea (cf. Mt 28,19; Mc 16,15).

⁹ Como hermosamente lo afirma un santo de nuestra época, el Beato P. Santiago Alberione: “*El apóstol es aquel que lleva a Dios en su alma y lo irradia a su alrededor. El apóstol es un santo que acumuló tesoros, y de ello comunica a los hombres. El apóstol tiene un corazón encendido de amor a Dios y a los hombres; y no puede reprimir y sofocar cuanto siente y piensa. El apóstol es un vaso de elección que rebosa, y las almas acuden a calmar su sed. El apóstol es un templo de la Santísima Trinidad, que en él es sumamente operante. Él, a decir de un escritor, transpira a Dios por todos sus poros: con las palabras, con las obras y las oraciones, con los gestos y las actitudes; en público y en privado, desde todo su ser; Vivir de Dios y dar a Dios!*”.